

## “Que el pueblo haga sentir su voz”

José María Tojeira\*

Vigilia del 12 de noviembre de 2006

Que el pueblo haga sentir su voz es el lema de nuestro aniversario. Son palabras de Ignacio Ellacuría y era la consigna de nuestros mártires y de tantas otras personas de buena voluntad. Querían que sonara fuerte la voz contra la guerra, contra la injusticia, contra la violación de los derechos humanos. Cuando estamos a punto de cumplir 15 años de los acuerdos de paz, la necesidad de que el pueblo haga sentir, escuchar e incluso obedecer su voz, se ha tornado de nuevo imperiosa. En primer lugar, porque ni siquiera se tiene en cuenta a nivel nacional a aquellas personas humildes, víctimas inocentes de la guerra, que nos movieron a todos y todas a comprometernos en la construcción de la paz. Volverán otra vez a discutir qué artículos se cumplieron y cuáles no, volverán a pavonearse quienes firmaron la paz, como si fueran los principales autores de la misma. Pero muy pocas palabras, y menos a nivel oficial, de las víctimas del Sumpul, del Mozote, y de tantos otros lugares que fueron los que encendieron en nuestros corazones el deseo ardiente de paz y el odio a la guerra como camino de solución de conflictos. Si los políticos no quieren dar voz al nunca más de los 131 niños del Mozote, debemos dársela nosotros. Y decirles a los firmantes que los niños del Mozote, los ancianos de las Hojas, las mujeres del Junquillo, los campesinos del Sumpul, son más importantes para la paz de El Salvador, y para la propia historia de nuestro país, que quienes pusieron sus firmas en los acuerdos de paz.

En este contexto tenemos que mirar también a nuestra realidad actual y actualizar la voz poderosa de nuestros mártires, y desde ellos hacer sonar nuestra voz. La violencia, la migración, la indiferencia ante el dolor del pobre, la creciente disparidad entre quienes se lucran de la situación y quienes tenemos que sudar el pan y la tortilla día a día, han hecho difícil la vida en El Salvador. Y no podemos quedar callados si de veras nos consideramos cristianos.

Las lecturas que hemos escuchado nos recuerdan los clamores del Pueblo de Israel frente a la esclavitud padecida en Egipto. No querían ser esclavos y Yahvé les envió un líder, Moisés, para liberarlos de la opresión. También nos recuerdan las lecturas que el Señor está al lado de los que sufren, y que está podrida la riqueza de quienes acumulan oro y plata a costa del sudor de los

\* Rector de la universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

pobres. En otras palabras, que la riqueza, el poder y la prepotencia que ella da, no hace historia verdadera. Está abocada a la muerte. Solo los pobres, los que claman justicia desde su dolor y quienes se solidarizan con ellos, están llamados a la vida y la tienen garantizada por la fuerza del Señor.

El salmo responsorial y el Evangelio nos ofrecen caminos de salida frente a la injusticia y la violencia. Confianza profunda en Dios y solidaridad con el que clama. El que nos mostró el camino de dar la vida por el hermano y por la hermana, si esa fuera la circunstancia y la exigencia de una historia marcada por el pecado, no nos dejará en medio de la muerte. Al contrario, solo resucita quien se entrega, quien goza más dando que recibiendo, quien sirve hasta al final a quienes le rodean.

Desde estas lecturas queremos retomar el tema de este aniversario martirial: Que se haga oír nuestra voz. No queremos que la situación de El Salvador sea tan miserable que demasiados hermanos y hermanas nuestras sigan teniendo como única alternativa la migración. No queremos que la corrupción se enseñoree de nuestras estructuras estatales, y que la inmunidad de las autoridades se convierta en sinónimo de impunidad. La ciudadanía está harta de tanto homicidio, tanta violencia, tanta extorsión. Y más harta todavía de que en vez de tener en las distintas esferas del poder a personas responsables, tengamos, revestidos de inmunidad, a diputados pistoleros, a magistrados de la Corte Suprema que encubren la corrupción de ex gobernantes, a miembros del ejecutivo que se enriquecen sin control. No son todos los que tienen cargos los que caminan de esa manera. Pero entre los irresponsables y los que son incapaces de poner el dedo en la llaga, se mantiene al país en el sufrimiento y a los más pobres en un terrible abandono.

El mal funcionamiento de personas investidas de poder y representación estatal no nos oculta una situación de injusticia que debe ser combatida. Caminamos hacia una concentración de la riqueza en pocas manos que establece cada día mayores diferencias entre quienes tienen más y quienes tienen menos. La riqueza la producimos todos a través de nuestro trabajo. Producimos riqueza colectivamente, socialmente. Pero los mecanismos de apropiación de la riqueza son terriblemente individuales y al servicio de los individuos que tienen más poder económico, político, legal o incluso delinencial. Sin que haya mecanismos adecuados de redistribución de esa riqueza producida entre todos y todas, por todos y todas.

Aunque no se quiera ver, en esta injusticia económica esta la raíz de una buena parte de los males de nuestro país. La idolatría del dinero, de la que hablaba con tanta fuerza Mons. Romero, no es algo del pasado, sino un pecado estructural que en nuestros días ha vuelto a cobrar una enorme fuerza. Y los cristianos y cristianas, sin violencia pero con inteligencia, con unión de corazones y con propuestas racionales, debemos enfrentar esta situación, más difícil de combatir hoy que ayer, por cuanto está más encubierta que en el pasado. La mezcla de explotación económica, exclusión social y machaconería ideologizada sobre las virtudes del mercado, nos hacen fácilmente olvidar los gemidos de los pobres o nos lanzan a la solución individualista del sálvese quien pueda. Y todavía peor, nos llevan a olvidarnos de nuestra responsabilidad de hermanos y hermanas, que rezan el Padre Nuestro

diciendo precisamente Padre nuestro, y no mío; padre y madre de todos y todas, que a todos nos hace responsables de los demás.

¿Como es posible que toleremos un IVA que grava de una misma manera a los automóviles de lujo y a las medicinas de los pobres? ¿Cómo soportamos que un funcionario nos diga públicamente que ha bajado el costo de la canasta básica sin llamarle mentiroso a voz en grito y por todos los medios que podamos tener? Una cosa es el sistema democrático, al que debemos apoyar como propio, y en el que debemos reclamar voz y representación adecuada; y otro es este sistema económico irresponsable, estructuralmente violento, al que debemos poner freno, reformarlo y darle responsabilidad social.

Tampoco queremos un país secuestrado por el miedo. La violencia se ha enseñoreado de nuestras calles y el homicidio se ha levantado en nuestro país como una terrible epidemia que alcanza en ocasiones la brutalidad de los tiempos de guerra. El sistema de irresponsabilidad económica y la debilidad de nuestras instituciones democráticas posibilitan esta plaga. Es evidente que tenemos que enfrentarla y que aprovechar nuestras luchas contra la violencia para comprender también sus raíces. Pero una cosa tiene que quedarnos clara: La lucha contra el miedo pasa siempre por enfrentar a los autores del miedo. Es una lección que nos dejó Jesús de Nazaret y una lección que nos han ido dejando a lo largo de la historia los que le han seguido con radicalidad. Una lección de nuestros mártires, que al luchar contra el miedo, supieron luchar contra sus autores. Aunque esos autores tuvieran en aquel entonces un poder muy grande y se llamaran Fuerza Armada, oligarquía nacional o imperialismo norteamericano. El papa Juan Pablo II decía que detrás del mal siempre hay nombres de personas. Nosotros insistimos, coherentes con sus palabras, en que detrás del miedo que sentimos frente a la ola de violencia, siempre hay autores del miedo. El primer paso, pues, como cristianos, es unirnos contra los autores del miedo.

Unirnos contra el miedo y sus autores, porque de nuestra unión y de nuestra voz común y fraterna viene la fuerza. Y presentar y apoyar proyectos racionales contra la violencia. Los diputados pistoleros, un sector dentro de nuestra Asamblea, siguen apoyando leyes cada vez más duras mientras ellos no quieren abandonar sus pistolas. Retirar las armas de la calle, impedir de hecho la portación de armas en lugares públicos, es un paso indispensable. Crear cultura de paz, aislar al violento, es algo que podemos también hacer. Los medios de comunicación, y hay que felicitarlos, se han comprometido a romper la costumbre de exaltar la brutalidad, al presentar imágenes sangrientas y al describir con lujo de detalles escenas de violencia. Pero todos nos debemos comprometer a abandonar la solución violenta de conflictos, por pequeños que sean. Desde la violencia en el seno de la familia

**Si los políticos no quieren dar voz al nunca más de los 131 niños del Mozote, debemos dársela nosotros. Y decirles a los firmantes que los niños del Mozote, los ancianos de las Hojas, las mujeres del Junquillo, los campesinos del Sumpul, son más importantes para la paz de El Salvador, y para la propia historia de nuestro país, que quienes pusieron sus firmas en los acuerdos de paz.**

hasta la violencia en un tráfico desquiciado y abandonado a la ley del más fuerte. ¿Cómo crear cultura de paz si no cambiamos los gritos intrafamiliares por las caricias y la ternura, los golpes y las borracheras por diálogo con los hijos y tiempo dedicado a los mismos? Y fuera del hogar, algo tan sencillo, ¿Si no somos capaces de controlar este tráfico violento que tenemos, cómo detendremos otras plagas de violencia?

Exigir el buen funcionamiento a nuestras instituciones, dedicar más recursos a educación, tener una política de empleo para jóvenes, abrir espacios comunitarios, deportivos, de descanso, trabajar temas de reinserción, son caminos sin los cuales no habrá paz verdadera. Recuperar la figura del policía como servidor público, en vez de considerarlo como un eslabón más de la violencia y la corrupción también es indispensable. Todo unido a la lucha contra la falta de equidad, contra la exclusión, contra la mentira que nos dice que la economía va bien. Esto último será para los millonarios y para los delincuentes con impunidad, porque lo que es la población sencilla sigue huyendo del país y buscando futuros mejores fuera de nuestras fronteras.

El alzar la voz viene siempre en el Evangelio acompañada por la compasión. Jesús pone a los pobres como los primeros en su lista de bienaventurados, porque son los que nos recuerdan con mayor intensidad que todos somos hermanos y que debemos levantar nuestra voz contra un mundo que margina y oprime. Jesús da la buena noticia del Evangelio a los pobres en primer lugar, porque solo dándosela a ellos se puede dar esa misma noticia de salvación y amor a toda la humanidad. Si la humanidad es una, como firmemente creemos, solamente construimos evangelio completo cuando le damos buenas noticias a aquellos que el mundo margina en su igual dignidad de seres humanos.

La misericordia y la compasión son las raíces poderosas de nuestra solidaridad. Nuestra fe en el Jesús vencedor de la muerte y el pecado nos acompañan. Los mártires de Jesús, verdaderos testigos de su resurrección están a nuestro lado, y hoy estamos recordando y celebrando el triunfo de 8 de ellos. Mientras sus asesinos caminan hacia la nada, los nombres de Mons. Romero, Ellacuría, Elba, Amando, Montes, Celina, Martín Baró, Lolo, y Juan Ramón Moreno, siguen brillando como antorchas que marcan caminos en ciudades oscuras. Matándolos creían que nos los quitaban, pero nos los devolvieron como mártires del Señor Jesús, y ahora ya nada ni nadie nos los puede arrebatar. Ahí quedan, al lado del Señor, señalando rutas de justicia, de amor, de servicio a los demás y de coraje. Nos siguen diciendo con el Señor, que el pueblo haga oír su voz, que nosotros, que somos su pueblo, hagamos oír nuestra voz frente a la injusticia y la violencia.

Que el Señor que se hace alimento en la mesa, que se convierte para nosotros en fuerza y esperanza, que nos da la valentía para enfrentarnos al mal, nos haga coherentes con la sangre de nuestros mártires y nos ayude a poner de nuevo en el corazón de nuestro país la bandera de la vida, la voz de la justicia y el beso de la paz. Que así sea.